

Las fechorías del singular saltador, no obstante sus esporádicos servicios a la causa de la Independencia, le llevaron al patíbulo, por orden de Freire, en 1817.

Diecisiete años más tarde, el patricio José Miguel Infante, tan iluso como ingenuo, escribió en "El Valdiviano Federal" para reivindicar la memoria de Neira, a quien coronó con la aureola del "héroe" y convirtió en "viriato chileno". Pidió explicaciones a Freire por el fusilamiento, pero el general, entonces desterrado en Lima, "guardó total silencio".

La apasionante biografía de Neira, escrita con extraordinaria animación por René León Echaiz, pasará a ser un obra clásica en la literatura nacional.

<https://doi.org/10.29393/At412-58FHFA10058>

La flauta en el horizonte. Novela de ELIANA CERDA. Ed. Universitaria. 1965.

En general, la obra prologada por un escritor respetable y sincero, de esos que dicen "sí sí, no no", se comienza a leer con cierta confianza; algo de esto ocurre con *La flauta en el horizonte*, de Eliana Cerda, sobre la cual un crítico tan exigente como Guillermo Blanco, declara: "Luego de leer estos relatos, el prologuista se siente inevitablemente superfluo. Pide excusas al lector desde el título. Pero, al propio tiempo, no puede contener el desco de entregarle una impresión o dos".

"La más fuerte, que aquí hay una literatura a-literaria, sancada de retórica. Ni eso: sancada no: una literatura que no parece haber oído hablar siquiera de técnicas, recursos, fórmulas. Que tenía en una mano la escena viva en el recuerdo —o en la imaginación, o en ambos— y en la otra mano las palabras, la capacidad de crear, y las dejó juntarse con la más simple naturalidad". (Págs. 9 y 10).

Terminada la lectura del libro de Eliana Cerda, uno exclama espontáneamente: ¡Qué buenos valores literarios tienen las nuevas generaciones femeninas en Chile! La autora de *La flauta en el horizonte* es una de esas jóvenes escritoras que saben decir las cosas con delicadeza y ternura de mujer, pero sin recurrir a la cursilería en la cual resbalan tantas que quieren pasar por literatas y sólo logran caer en lo trágico.

En este libro breve, optimista, exento de las procacidades e inmundicias de la moda literaria, los recuerdos de la niñez y de la adolescencia se han convertido en una especie de novela, o tal vez de cuento, por la brevedad de los relatos, en los cuales la protagonista no es un ser irreal, sino la misma autora.

A través de estos recuerdos-novelados, Eliana Cerda toca levemente, con distinción innata, algunos problemas de actualidad; en ellos despunta la ironía punzante y el buen humor de la autora, cuya felicidad se deja ver en las páginas de *La flauta en el horizonte*.

De intensa emoción es la escena aquella en la cual Maurice se aferra de la madre de la cual debe separarse como consecuencia del divorcio de

sus padres. Eliana Cerda escribe a modo de epígrafe: "Porque es una infancia feliz la que nos proporciona ese alegre y poderoso impulso que nos ayuda a soportar nuestra suerte. Desarmados llegamos a nuestros días de adulto sin ella. Días que, conteniendo la proporción ineludible de horas tristes y horas plenas, en nuestra miseria nos apresuramos a calificar de infortunados".

"Junto con ser estafados en esa niñez que, como una flauta debe alegrar nuestros horizontes, se nos entregan puertas para siempre tapiadas detrás de las cuales florecen los pájaros y circulan otoños indescriptibles. Por abrirlas, con leve gesto estafamos a otros a su vez, y los restos arrastran siempre, acribillado, el diminuto corazón de un niño" (Pág. 91).

Pero donde la autora hace derroche de sarcasmo y de ternura, es cuando cuenta su amistad con el negrito del circo. En esta página deliciosa, Eliana Cerda se ríe de los humos aristocráticos de su amiga: "Vino a la playa el negrito. Tú, Beatriz, tan latosa, en cuanto lo viste aparecer, te fuiste a sentar con tu "mamita". Dijiste que el negrito era roto. ¡Pero no era roto! Él se dio cuenta y me dijo:

—Tu amiga se va porque no quiere andar conmigo.

—¡Cómo se te ocurre!

—Tu mamá de repente va a decirte que no salgas más conmigo.

—No, de ninguna manera —le aseguré.

Y porque me dio miedo que así fuera, le apreté la mano bien fuerte. Me siguió contando cosas increíbles que yo ni sospechaba siquiera.

—Mi prima es una latosa, en cambio andar contigo es como estar en otro país. Edgar Alampó sonrió.

Mamá no se enojó en absoluto. Me dijo que podía andar con Edgar en las mañanas cuando no hubiera función y en la tarde contigo, Beatriz, o viceversa.

En esos días me gustabas menos que nunca, Beatriz, ¡tan creída y tan rucia! Me presentaste a tres amigas de tu colegio y al decir mi apellido, sin perdirme permiso, sin tenerme respeto le agregaste un "de".

—Oye, tú sabes que nunca hemos usado el "de" en mi familia.

—Úsalo, es mucho más elegante.

A la hora de almuerzo le pregunté a papá si podría usarlo. Dijo que no, que él vivía sin el "de" perfectamente y que nosotros debíamos hacerlo igual.

—Esas son ridiculeces.

—Es que es más elegante.

—Qué tontería ¿quién dijo eso?

—Beatriz.

Papá hizo una mueca de repulsión.

—¡Leonardo! —lo sermonéó mamá". (Págs. 104-105).

Lo que más abunda en esta obra delicada, realista, sarcástica y bien escrita, es ternura, amor y gratitud, virtudes que denotan el íntimo gozo

de la autora, noblemente expresado en las tres palabras de la dedicatoria, puestas en la primera página de *La flauta en el horizonte*: "A mis padres".

FIDEL ARANEDA BRAVO

Antología de la poesía chilena, de CARMEN SOLER BLANCH.
Colección Auriga. Madrid, 1965.

Las dos últimas antologías de poesía chilena son lamentables: *Esencias del país chileno*, de Manuel Rojas, editada en México y cuya defectuosa composición analizó duramente Pedro Lastra, y ahora *Antología de la poesía chilena*, impresa en España y cuya selección se debe a Carmen Soler Blanch.

Lo sensible es que ambas hayan visto la luz en el extranjero, donde contribuyen a formar imágenes distorsionadas de la literatura chilena. En el caso específico de la española, ya en la solapa hay afirmaciones irrisorias: "La poesía chilena es una poesía pura, extraña, de hondo dramatismo, tal vez porque conserva viejas reminiscencias de la música primitiva de Arauco". Este juicio gratuito e inexacto da una idea de la improvisación con que se ha confeccionado esta antología. Y lo más grave es lo siguiente: se ha tomado como base otras selecciones poéticas, o sea, se ha verificado un saqueo sin siquiera citar las fuentes que fueron motivo de inspiración.

Es incuestionable que un antologista honrado debe conocer la poesía en los libros de los autores, no por referencias de terceras personas. Este mal, demasiado corriente, ha permitido sin que nadie se explique las razones, que determinados poemas figuren en todas o casi todas las selecciones líricas chilenas. Es evidente que existe unánime concordancia frente a *Fontana Cándida*, de Dublé Urrutia, pero no es la regla general.

¿Qué ha sucedido con la antología de Carmen Soler?

La *Antología de la poesía hispanoamericana*, de Ginés de Albareda y Francisco Garfias, en su volumen dedicado a Chile (1961), la *Antología General de la Poesía Chilena*, de Raúl Silva Castro (1959) y en menor grado *Poetas chilenos*, de Carlos René Correa (1944) han nutrido la empresa intentada en España. Así se explican los errores y omisiones que cuenta.

Antologar un poema de corte clásico de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán es equivocado pues su importancia radica en la poesía épica, fundamentalmente en el *Cautiverio Feliz*. Lo otro no vale nada.

Más adelante, al seleccionar a Salvador Sanfuentes, se incluye *El Campanario*, sin indicar que se trata de un fragmento; lo mismo sucede con *Fontana Cándida*, de Diego Dublé Urrutia, *Yerbas Buenas*, de Max Jara, *Chile del Sur*, de Juvencio Valle, que se conocen truncos.